

EL TOUR: UN DESAFIO A LA ULTRADERECHA FRANCESA

Para conseguir que el Tour finalice una de sus etapas en su pueblo, por ejemplo, tendría usted que pagar entre 70.000 y 140.000 francos nuevos. Además, su pueblo debería contar con una red hotelera apta para absorber de pronto a las 1.300 personas que entre ciclistas, técnicos, periodistas, publicitarios conforman la famosa «serpiente multicolor». Esas 1.300 personas necesitan unas 60 líneas telefónicas para hacer saber al mundo entero las gestas del día.

Mucho dinero baraja el Tour. Mucho dinero se gastan municipios y empresas en el Tour y, sin embargo, parece que se trata de una buena inversión publicitaria. Los municipios final de etapa pasan a la memoria colectiva con mayor fijación que si hubiesen programado una campaña de relaciones públicas de un año consecutivo. El público asocia la imagen de la villa a la llegada, al final, al rostro del héroe, a la gesta si la hubo y la curiosidad perdura como una estela que a veces guía el rodar del coche utilitario en un «week-end». El Tour promociona el turismo interior, y todo el mundo sabe que un turista no sólo es el amigo del domingo que consume, sino, quién sabe, un inversor potencial en la parcela libre, en la libre naturaleza parcelada o incluso un inversor más audaz capaz de crear un polito de desarrollo.

Y en cuanto a las marcas patrocinadoras, saben que millones de franceses verán pasar ante sus ojos la «kermesse heroïque» de la caravana anunciadora. Los ciclistas son como el gancho de un gran mercado. Su paso dura apenas unos segundos y, tras ellos, los anuncios rodantes brindan la segunda parte del espectáculo. Cada vez más, el Tour cuenta con las empresas como grupo de presión condicionante de itinerarios, según las zonas de expansión que interesan a sus productos. Este año incluso se ha insinuado la posibilidad de que poderosos anunciantes hayan puesto el veto a la participación de Eddy Merckx.

—Si corre Merckx, la gente ya sabe quién va a ganar y se desinteresa.

El Tour siempre ha tenido una cierta fama de prefabricación de



portiva. Sobre todo, en épocas en que los franceses contaban con figuras de empuje, a las que bastaba que se les cifrara el recorrido para luchar con probabilidades frente a las coaliciones extranjeras. Un Bobet, por ejemplo, debió buena parte de sus triunfos a que el Tour se le hacía como los trajes, a la medida. Lo cual no quiere decir que Bobet fuera el Primo Carnera del ciclismo. Era un buen corredor, pero tal vez no tanto como sus triunfos repetidos puedan indicar.

También se hicieron Tours a la medida de Anquetil, el más completo ciclista francés de todos los tiempos. Este año, todo el mundo señalaba que el traje de las etapas configura exactamente el desarrollo de la pedalada de Luis Ocaña, aunque, a última hora, el irregular Ocaña obligó a los franceses a trasladar parte de sus aspiraciones al veterano Poulidor (Pou Pou para las amistades y para millones de «fans»), o a los jóvenes Thavenet y Guimard.

A LA

A PARTE de los españoles, la gran atracción del Tour es la camioneta de los obreros de Lip en huelga. Además de cronometrar oficialmente los tiempos de los corredores (los organizadores habían contratado a Lip para ello antes de producirse la «huelga activa»), los obreros distribuyeron octavillas, explican los motivos de su acción y venden relojes con un 40 por 100 de descuento.

«Lip da la hora de mañana», dicen. No los desmentirá madame Soleil, el gran oráculo de los franceses, que se fotografió con dos relojes Lip y ha vaticinado, después de consultar a los astros, la victoria de estos empleados que han emprendido una experiencia inédita en la historia re-

ciente del sindicalismo francés. Lip es una marca de prestigio; sus fábricas están situadas en Besançon, centro de la industria relojera francesa. Los negocios de Lip iban decayendo en los últimos años, debido a la mala gestión de la directiva. El 10 de junio ésta decidió suspender los pagos a todos los empleados. ¿Cómo reaccionar? La huelga era inútil, como también cualquier gestión ante la insolvente dirección. Alguien lanzó la idea: el personal se encargaría de la fabricación y venta de los relojes. Los empleados crearon comisiones: comercial, de seguridad, de relaciones públicas, etc. Cada uno se incorporó en ellas según sus competencias y las necesidades de la producción. Algún ejecutivo innecesario aceptó barrer los pasillos,



Última etapa en los Alpes franceses, entre Les Orres y Niza. De izquierda a derecha: Mariano Martínez, Leif Mortensen, Luis Ocaña con el maillot amarillo, José Manuel Fuente y Francisco Galdós, que trata de alcanzar a López Carril. Abajo, a la izquierda, José Manuel Fuente y Luis Ocaña, maillot amarillo y ganador de la etapa, en lo alto del paso Isoard, Alpes franceses.

LUIS DAVILA

Crisis de figuras

Francia atraviesa una penosa crisis de figuras. A De Gaulle le ha sucedido Pompidou; a Anquetil, Poulidor, y a Malraux, el increíble M. Maurice Druon. «L'Express» decía que el francés se identifica con Poulidor: ese hombre veterano, esforzado, sufridor, eterno segundo. Rondando la cuarentena, Poulidor sigue recibiendo constantes demostraciones de afecto popular. El mismo afecto que le rodeó al final del Tour de 1962, ganado por Anquetil. El normando recibió una plta fenomenal en el Parque de los Príncipes y, en cambio, Pou Pou, tercer clasificado, fue aclamado por la multitud.

La segunda parte de «la grandeur» vive de herederos que no están a la altura. Jamás habría dicho Malraux las increíbles groserías que Druon ha dedicado a la casta intelectual: «Vienen con una mano ocupada por la escudilla para la sopa boba y con la otra armada con un "cóctel Molotov". Deben elegir». Es decir, un intelectual sólo puede pedir limosna al poder o dinamitarlo. El señor Maurice Druon es un radical.

Si Juana de Arco ha sido sustituida por Mme. Soleil, ilustre quimromántica, a nadie puede extrañarle que Poulidor sea repescado para heredar el vacío dejado por Anquetil y que ha llenado el belga Merckx. Los franceses han tratado de hacer

suyo al «oriundo» Ocaña o confían bastante en otro inmigrado, Martínez, pero la ola de irritación contra los inmigrados económicos ha alcanzado de alguna manera al corredor de Priego (Cuenca). Ocaña era mucho más «francés» en 1971 que en 1973, en parte por ese sentimiento colectivo de rechazo del inmigrado y, en parte, porque los franceses cuentan ya con dos figuras que levantan algo la cabeza: Thevenet y Guimard.

El viejo Poulidor, no obstante, sigue recibiendo el silencioso apoyo de las leyendas de las pancartas «VAS Y POULIDOR. ENCORE TU EST LE PLUS FORT...». Francia entera necesita creerlo. No en balde, el propio De Gaulle dijo de Poulidor

que tenía nombre de primer ministro, y no en balde, casi cada mañana, los franceses reciben consejos prácticos de un Poulidor convertido en símbolo del sentido común. Poulidor aconseja marcas para lacar cabellos, invita a los franceses a que aseguren su vida (es decir, su muerte) o aparece como héroe de la canción «¡Viva Poulidor!», compuesta por el acordeonista André Verchuren. Es una canción que interpreta con especial entusiasmo el ministro de Finanzas, Giscard d'Estaing, notable acordeonista en su horas libres.

No, Francia no es una excepción en la mediocridad político-deportiva que recorre Europa como un fantasma de la inapetencia épica.

HORA DE LA HUELGA LIP

unque en general los altos cargos colaboran en la experiencia de "autoproducción", pero no en la "autogestión" (venta de relojes), que consideran ilícita.

Los obreros de Lip prefieren utilizar el término de "autodefensa" al de "autogestión": se trata, dicen, de poder seguir dando un salario a todos (1.000 francos por mes, sin distinción de jerarquía) y de salvaguardar la existencia de una industria nacional. "Sabemos que no podemos continuar indefinidamente —dice una obrera—, pero es una forma de presión para que se resuelva nuestro problema". Pueden aguantar varios meses. Disponen de piezas para fabricar 32.000 relojes, y al inicio de la huelga "requisaron" 15.000 relojes terminados que es-

condieron en tres "lugares seguros".

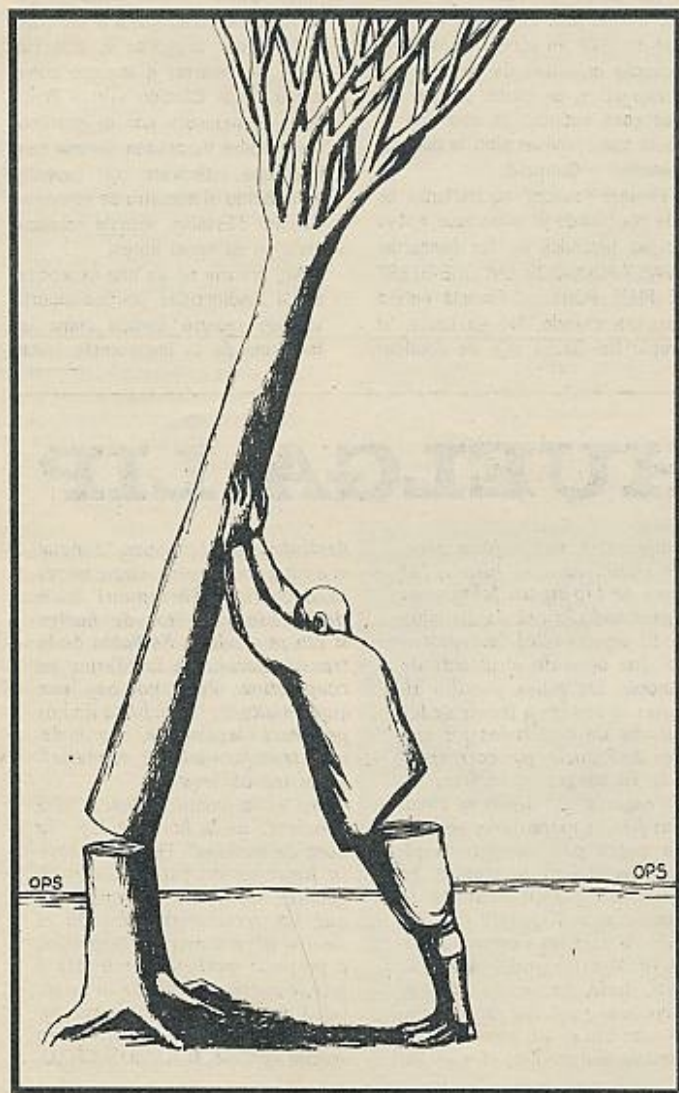
La venta de estos relojes es ilegal, decretó la Justicia; también la compra, y el que se haga cómplice puede ser perseguido por la ley. Vana amenaza. Todo el mundo se afana en conseguir un Lip, y los hombres políticos rivalizan en demagogia: Christian Poncelet, secretario de Estado del Trabajo, declara que no tendría inconveniente en comprar un Lip; Edgar Faure, presidente de la Asamblea Nacional y diputado de Besançon, asegura que "no hay nada que reprochar a los obreros, debido a la carencia de la dirección", y arrima el ascua a su sardina añadiendo "que se trata de un caso típico para realizar una experiencia de participación gaudista".

Indiferentes, con euforia general y miedo ante el futuro, los obreros de Lip siguen fabricando y organizando la red de distribución. El primer reloj "autogestionado" fue ofrecido al alcalde de Besançon; los miles y miles siguientes se venden a través de los sindicatos de casi todas las empresas de Francia, por correspondencia, en congresos, etcétera.

El "negocio" va viento en popa. Varias firmas extranjeras se interesan ahora por comprar la fábrica: una inglesa, otra suiza. Se dice, incluso, que un industrial de Besançon está dispuesto a invertir dinero... si los obreros continúan "autogestionando". Miedo al futuro, decía. Las cosas no pueden continuar así. Lip es un ejemplo —una isla en un océano— que no puede durar. Temen que los

desalojen por la fuerza, aunque muchas empresas importantes (Sud-Aviation, Thompson) han depositado preavisos de huelga si eso se produce. Se habla de la transformación de la fábrica en cooperativa. Pero no hay con quién dialogar: "La fábrica no nos pertenece legalmente, no podemos transformarla ni venderla", dicen los obreros.

Por el momento, Francia vive pendiente de la hora de Lip, "la hora de mañana". Que una fábrica funcione sin patronos, sin vigilantes, sin cadencias impuestas; que las secretarías dediquen el tiempo libre a escribir octavillas, a preparar periódicos murales y que se consiga un producto de calidad, garantizado es algo que pasaba sólo por la mente de quien soñase en 1968. ■ RAMON CHAO.



Y por si faltara poco, la ausencia de Merckx convierte el Tour 1973 en una lucha entre segundones y las primeras vueltas de pedal han convertido el Tour en la Vuelta a España. Así lo confesaba Anquetil en un artículo: «La Vuelta a Francia cada día se parece más a la Vuelta a España. Ocaña y Fuente en cabeza de la clasificación general. López Carril, vencedor de la etapa con gran diferencia. Los Kas, en cabeza de la prueba, controlándola. Se podría decir que estamos realmente en la Vuelta a España».

Este artículo aparece fechado el día 11 de julio y en el momento en que aparece el presente reportaje es posible que las cosas hayan cambiado. Pero, hoy por hoy, Francia asiste, asombrada, al desfundamiento de sus apuestas ciclistas: Trevenet, Guimard, Poulidor aparecen muy distanciados de Ocaña y Fuente, los dos primeros.

¿Una biocrisis?

No deja de ser sintomático el estallido de la xenofobia francesa contra los inmigrados. Desde los tiempos de la guerra de Argelia, no se conocían tantos casos de brutalidades anónimas contra obreros africanos. Desde los tiempos de la masiva inmigración económica de entreguerras, no se conocía una respuesta casi colectiva tan reticente contra las razas laborales inferiores. El último enfrentamiento callejero entre Ordre Nouveau y la extrema izquierda krivnista fue motivado precisamente por la cuestión de los obreros inmigrados. No porque «se coman el pan» de los autóctonos, sino porque comen peor pan que los autóctonos y, cuando se come mal pan, la radicalización política es un hecho. La mayor parte de los cuadros obreros de la nueva izquierda francesa se han conformado precisamente entre los inmigrantes.

Los grandes acontecimientos deportivos de este casi último cuarto de siglo XX se parecen como una gota de agua a otra a los fastos épico-deportivos de la tiranía griega. Los tiranos ya sabían los efectos de terapéutica social de las grandes evasiones deportivas y de las importantes obras público-mitológicas. La grandeza de un templo era una invitación para que la masa participara exclusivamente de la grandeza de las estatuas. La grandeza de los triunfadores olímpicos era una compensación para la pequeñez de cada hombre en su intrasferible isla.

El Tour de Francia pertenece a este capítulo de fastos liberadores de las frustraciones populares. Cuando un calmo espectador de pronto se desmeleno y se lanza a empujar a la gran figura, ayudándole a llegar cuanto antes a la cima del Tourmalet o del Aubisque, su acto tiene un mucho de transferencia épica, de traspaso de invisibles

hambres de realización. De ahí la importancia de que el sillín o el trasero empujados sean de fabricación nacional. De ahí la importancia poética que este año se había concedido a los estertores deportivos de Pou Pou o a los balbuceos de Thevenet y Guimard. Malraux era y es un reaccionario a lo «gran señor» y Druon, en cambio, tiene todas las virtudes pequeñas de la mezquindad. Malraux ha escrito *La Condition Humaine* o *Les Conquerants*; en cambio, Druon no ha pasado de una discreta serie de novelas históricas titulada *Los Reyes Malditos*.

En este contexto de evidente crisis biopolítica, una clasificación del Tour copada por meridionales del Paraíso va a agravar el malestar.

Escasa significación deportiva

Con todo, sea quien sea el vencedor del Tour, la victoria de 1973 tendrá muy poca significación deportiva. Vencer en una carrera ciclista en la que no participa Merckx quiere decir poca cosa, como vencer en un torneo de Wimbledon en el que no han concurrido los Stan Smith, Orantes, Laver, Ashe, etcétera, etcétera. Si se ha creado un cierto clima de encantamiento en torno a los participantes, es porque una vez más funciona el recurso del *como si*. Se sigue el Tour *como si* la ausencia de Merckx no fuera la negación misma del Tour 1973.

Tal como están fijadas hoy las diferencias entre los primeros clasificados, a Ocaña le basta con no caerse y con portarse bien en las pruebas contra reloj para ser el segundo español que gana el Tour. Los mentores de Ocaña harían muy bien colocando a su lado a un psiquiatra, porque las caídas de Ocaña muy bien podrían pertenecer al capítulo de los actos autodestructivos. Ocaña es el tipo de deportista sensible, lastrado por motivaciones subconscientes. Tal vez quiera autocastigarse por cometer la osadía de ganar habiendo nacido para perdedor. En su larga carrera de Priego a Mont Marsan está la imagen de una huida, y quien nació huyendo está condenado a huir de por vida. Nunca se llega a ningún lugar que compense lo que pudo haber sido y no fue el lugar de origen, imposible o perdido.

De ganar Ocaña, de copar Fuente el segundo lugar, de producirse la catástrofe de que un portugués alcance el tercero o la hecatombe de los cuatro primeros puestos de la clasificación de la montaña copados por meridionales del mundo, estamos en puertas de una crisis racial laboral sin precedentes.

Habría que llegar urgentemente al acuerdo de conceder a Ocaña la «doble nacionalidad» para robustecer los tradicionales lazos de amistad entre los dos pueblos. ■ L. D.